

El Che, Imagen del Pueblo

Fernández Retamar¹

“Si hay que morir, que sea como Sandino”, escribió Ernesto Guevara a principios de 1954. Se encontraba en la Guatemala amenazada por la agresión estadounidense que poco después aplastaría al régimen progresista de aquel país, experiencia que a él iba a serle fundamental. Tenía entonces menos años que su fraterno compañero de la Sierra Maestra Camilo Cienfuegos cuando éste pereció en 1959. Y quizá pudiera decirse de aquel joven médico argentino, a quien sus amigos cubanos empezaban a llamar Che, lo que éste dijo de Camilo al dedicar a su memoria, en 1960, el libro *La guerra de guerrillas*: «No vamos a encasillarlo, para aprisionarlo en moldes, es decir, matarlo. Dejémoslo así, en líneas generales, sin ponerle ribetes precisos a su ideología socioeconómica, que no estaba perfectamente definida; recalquemos, sí, que no ha habido en esta guerra de liberación un soldado comparable a Camilo [...] En su renuevo continuo e inmortal, Camilo es la imagen del pueblo.»

¹ Poeta y ensayista cubano. Presidente de La Casa de Las Américas de Cuba.

Creo que algunos puntos de este juicio iban a seguir siéndole aplicables al propio Che hasta el fin de su vida. Es cierto que «su ideología socioeconómica» fue enriqueciéndose y perfilándose de manera constante. Pero incluso en 1964, cuando ya había hecho aportes notables al marxismo, el Che pudo escribir a Charles Bettelheim: “Un poco más avanzado que el caos, tal vez en el primero o segundo día de la creación, tengo un mundo de ideas que chocan, se entrecruzan, y, a veces, se organizan.” Que no nos confunda esa risueña alusión al caos, tan propia de su humor argentino. Lo que el Che proclama en esas palabras es su derecho a crecer. No temerá que unos lo tomen por rígido y otros por soñador; no temerá discutir con quien fuere, y, llegado el caso, consigo mismo; no temerá rectificar. Su pensamiento se mantuvo abierto, en perpetuo desarrollo. Por tanto, “no vamos a encasillarlo, para aprisionarlo en moldes, es decir, matarlo». Recordemos, en cambio, que «en su renuevo continuo e inmortal” también el Che es la imagen del pueblo.

Porque se sabía imagen del pueblo, ante una de las muchas situaciones difíciles que afrontó, había exclamado, como ya recordé: “si hay que morir, que sea como Sandino”. Dos años después de esas palabras, en 1956, al ir a embarcar hacia Cuba “con la frente plena/ de martianas estrellas insurrectas”, añadió en México, en su “Canto a Fidel»:

Y si en nuestro camino se interpone el hierro,
pedimos un sudario de cubanas lágrimas
para que se cubran los guerrilleros huesos
en el tránsito a la historia americana.
Nada más.

Aquellos “si” conjeturados en Guatemala y México se hicieron realidad hará pronto cuarenta años en Bolivia. Y “en el tránsito a la historia americana”, sus huesos guerrilleros tuvieron, tienen un sudario de lágrimas no sólo cubanas sino de todo el planeta. Glosando el verso vallejiano, su cadáver está lleno de mundo. A la radiante luz que brota de él, recordemos la entusiasta fuerza moral que recibimos del Che. Y esto que digo no es en absoluto una vaga generalidad. En 1965 Luis Franco publicó en la Argentina un libro sobre la Revolución Cubana que tituló *Espartaco en Cuba* y dedicó al Che. Es notorio que el Che tomó partido por las masas oprimidas no sólo de nuestra América sino del mundo todo, por los movimientos de liberación, por las luchas sociales. En consecuencia, dada la época que le tocó, abrazó ardientemente el antimperialismo y asumió las más radicales posiciones de izquierda, despreocupado de marbetes. Vivió urgido por saber, pero de espaldas a todo vano torneo intelectual. No le preocupaba estar al día: lo que le preocupaba era ofrecer al mediodía de la justicia el caudal de sus conocimientos. Y la justicia le reclamó vincularse con los humillados y ofendidos, echar su suerte “con los pobres de la tierra”. En otras condiciones, hubiera peleado entre los esclavos que lo hacían junto a Espartaco; hubiera sido de los seguidores del hijo del carpintero que desafiaron al Imperio Romano, de los campesinos agrupados en torno a Thomas Münzer; en Tenochtitlán, en el Arauco no domado o en muchos sitios de África y Asia se habría batido contra los bárbaros invasores llegados de Europa; hubiera

sido un fiero cimarrón en América y un vehemente jacobino en Francia; Túpac Amaru, Túpac Katari, Louverture, Bolívar, Hidalgo, Artigas habrían contado con él para las hazañas más riesgosas; habría estado junto a Moreno en los duros días de gobierno, y habría cruzado los Andes junto a San Martín; en Ayacucho, se llamaría Sucre; habría sido compañero de Garibaldi en Italia y comunero en París; hubiera estado en la guerra de Martí, invadiendo la Isla como Gómez y Maceo (así iban a hacerlo él y Camilo en 1958); habría combatido contra los yanquis en las Filipinas, cabalgado entre los hombres de Zapata, atravesado Brasil hecho el Caballero de la Esperanza, sucumbido junto al crucificado Charlemagne Peralte, Mella, Farabundo, Sandino y Guiteras; como John Reed, con palabras de fuego hubiera transmitido los grandiosos días rusos de 1917 que estremecieron al mundo; en China, se le habría visto en la Larga Marcha; habría integrado, hace ahora siete décadas, las Brigadas Internacionales en defensa de la agredida República Española; hoy habría estado junto a Chávez en la Venezuela bolivariana, junto a Evo, que lo evocó conmovido al asumir la presidencia de la nueva Bolivia que el Che abonó con su sangre. No proclaman otra cosa su biografía, que pareciendo imaginaria es sin embargo toda verdad, su batalla sin final entre los condenados de la Tierra.

Quienes han visitado Cuba habrán comprobado el orgullo y la devoción con que aquí se guarda su memoria, los muchos centros de trabajo y de estudio, plazas y lugares diversos que se honran con su nombre o su efigie, el ahínco con que se estudia su obra y el respeto con que se invoca su ejemplo. Nada ni nadie podrá quitarnos a quien, en su carta de despedida a Fidel, escribió: “en los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo [...] en dondequiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser revolucionario cubano, y como tal actuaré”. Pero quienes tuvimos la felicidad de haberlo conocido siquiera un poco, sabemos que, sin contradicción con lo anterior, el Che fue siempre, hasta sus últimos días, argentino. Es claro que era una criatura ecuménica, y tienen que haberlo complacido en lo hondo palabras como las de Martí “Patria es humanidad”. Pero esas palabras no están reñidas con el cariño y la gratitud para la tierra natal, como lo muestra el propio Martí, cuya vida de servicio universal está signada por el profundo amor a la patria. Y la formación primera del Che, esa que hace los huesos del cuerpo y del espíritu, la recibió en la Argentina, lo que por supuesto no niega que después se haya enriquecido considerablemente. A quienes dicen que el Che vivió poco tiempo en la Argentina, debo responderles que estuvo allí más años que Martí en Cuba; a quienes han recordado que luchó en otros países e incluso murió fuera de aquel donde nació, añadiré que otro tanto le ocurrió a San Martín. Y esa es la estirpe del Che. Desde luego, no pensemos en las caricaturas que de nuestros próceres nos han dejado las oligarquías respectivas, sino en sus rostros genuinos, que los pueblos conservan y revelan. Además, la Argentina no estuvo sólo en el pasado del Che: estuvo en su presente, y él quería que también estuviera en su porvenir. Son bien conocidos sus vínculos con luchadores como Masetti y Cooke; su simpatía por intelectuales como Martínez Estrada y María Rosa Oliver. Me cupo el honor de publicar páginas de uno y de otra (como de tantos más) sobre el Che. En el bellissimo texto que en 1960 le consagró don Ezequiel, éste dijo, al dar testimonio de un encuentro: “¿De qué conversamos?

De Argentina, de personas, lugares y cosas que ambos conocimos y que están donde estaban. Los dos conservamos de allá una bandera no mancillada que podemos desplegar en cualquier parte." María Rosa, que en 1973 me escribió que el Che era la persona que más admiraba y quería, evocó así su propio encuentro, realizado en 1964: "[El Che] se refiere con trémula ternura e ilimitada admiración a Camilo Cienfuegos: "¡Tan lindo el sastrecito!", exclama empleando, como el gaucho, la palabra "lindo" para designar todas las excelencias [...] Y más tarde, cuando, desde hace rato, el tema es nuestra tierra natal, se golpea una rodilla y me pide: "Bueno, por favor, no me hable más de la Argentina" "¿Por qué, si usted la quiere mucho?" "Por eso mismo?" ¿Y cómo pasar por alto que el nuevo ejército bolivariano, de impronta socialista, que el Che estaba organizando al morir, se encontraba a las puertas de la Argentina? A raíz de su asesinato en Bolivia, en una carta conmovedora que también tuve el privilegio de dar a conocer, aquella mujer extraordinaria que fue Haydee Santamaría, quien lo quiso con el alma, le escribió: "¿Te acuerdas?, me lo prometiste en la Sierra, me dijiste: no extrañarás el café, tendremos mate. No tenías fronteras, pero me prometiste que me llamarías cuando fuera en tu Argentina, y cómo lo esperaba, sabía bien que lo cumplirías. Ya no puede ser, no pudiste, no pude." Que la Argentina se enorgullezca de su Che y lo reincorpore a su historia, es fundamental y nos enriquece a todas y a todos.

Concluiré diciendo algo sobre el neoliberalismo, las utopías y el Che. A propósito del neoliberalismo, que es el aspecto que en años recientes asumió el capitalismo real, especialmente al ser descerrajado sobre lo que ahora nombran el Sur, explicó Susan George que «la terminología puede prestarse a confusión. En los Estados Unidos un neoliberal se llama un neoconservador (o *neo-con*), ya que en ese país un "liberal" es más bien alguien de izquierda: en todo caso, alguien que vota por los demócratas". Sea como fuere, llama la atención que en una época en la cual se puso tanto énfasis en los "pos", se hubiera abierto camino ese resonante "neo". Es verdad que ni los "pos" indican que lo que se nombra a continuación hubiese quedado necesariamente atrás, ni ese «neo» garantiza novedad esencial alguna. En 1993 León Rozitchner mencionó en la Argentina a «esta realidad llamada postmoderna del neoliberalismo», añadiendo: "Dejad afuera toda esperanza, ustedes que entran en el postmodernismo, nos dicen: piensan como triunfadores. Postmodernismo es para ellos igual a postmarxismo". También en 1993, fecha que resultó crucial, Derrida reveló qué presentes estaban los "espectros de Marx". En impugnaciones de esa naturaleza se ha venido insistiendo en años recientes, y habrá que hacerlo cada vez más. La crisis del neoliberalismo es visible en la realidad histórica y en las meditaciones sobre ella. Y el Che contribuye a esta pelea. Cuando en 1961 estuvo unos días en la Argentina, llegaba de Punta del Este, donde había desenmascarado la Alianza para el Progreso, añagaza entonces flamante. Con mordacidad anunció que, a lo más, ella prometía para nuestros pueblos un paraíso de letrinas. Hace tiempo que aquella supuesta Alianza para un supuesto Progreso yace en el basural de la historia. Otras tramposas denominaciones similares le siguieron, y corrieron igual destino. El neoliberalismo, en crisis irremisible, está maduro para unirseles.

En cuanto a las utopías, todos sabemos cómo han reverdecido no sólo frente a las catástrofes del capitalismo real, sino también frente a las del socialismo real, que ya se percibían o anunciaban antes de que ocurriera la famosa caída. Con

respecto a esto último, muchas veces y muy beligerantemente dijo el Che que vencer al capitalismo con sus propias armas melladas era empresa imposible. El tiempo le daría dramáticamente la razón. Por eso pudo hablarse con ironía del paso “del socialismo científico al socialismo utópico”. Ahora bien, hay utopías y utopías: positivas (eutopías) y negativas (distopías), concretas y vagarosas. Nada tiene el Che que ver con los segundos términos de estas parejas. Pero sí con las eutopías concretas, realizables. En ellas pensaba Pedro Henríquez Ureña cuando pronunció en La Plata su memorable conferencia “La utopía de América”, que en 1925 publicara conjuntamente con otro texto suyo fundamental: “Patria de la justicia”. Rafael Gutiérrez Girardot escribió en 1984: “Pedro Henríquez Ureña, hijo de Santo Domingo y de Cuba, sembró sus semillas utópicas en Argentina [y] Ernesto Che Guevara las entregó a Cuba.” De allí, éste las esparció por el vasto mundo, donde más temprano que tarde, si la humanidad tiene porvenir, sus mejores integrantes van a hacerlas encarnar en la historia, y en apreciable medida lo están haciendo ya.